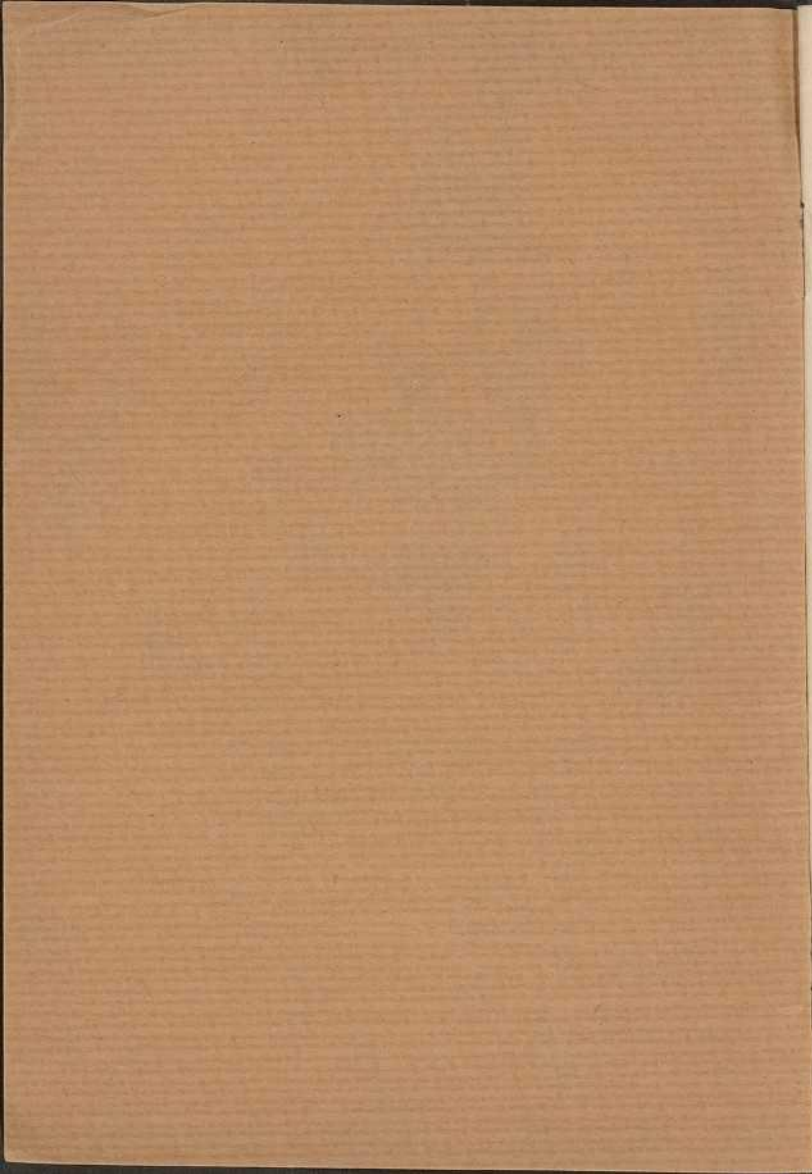




A mis queridos y
admirados donantes

Su muy agradecido coronel,
compañero y amigo

Nicolás de Ugarte



860-94"18"

41010312

UGA.
am



R. 85.809

Mis queridos compañeros, amigos y demás presentes o ausentes a los que también mando cariñoso saludo, que habeis contribuido a este agasajo que se puede calificar de excepcional, os diré ante todo, no por costumbre, sino por deber de sinceridad, que no me considero acreedor a él. Es muy grande para mi pequeñez.

Mas no debo de rechazarlo, muy al contrario, os doy gracias infinitas nacidas no solo del fondo de mi alma, sino también de lo más íntimo del corazón.

Así quiero expresar que son producto genuino del ser pensante y a la vez del sentimental.

Os aseguro, generosos y caritativos obsequiantes, que quisiera que mis años me permitieran aún el placer de

alcanzar ocasión de contribuir para otro con una devolución aráloga o mayor.

El tiempo repite los hechos, pero la vida probable de un pobre coronel enfermo que perteneció a la promoción 43 y quedó en la 44 por enfermedad, no parece suficiente para ello.

Dejo de hablar de mi muerte contenida implícitamente en esa probabilidad, y voy a recordar otra: la de la compañera de mi vida, que el Cielo me arrebató hace más de 15 años ya.

Suavicé mi dolor principiando el mismo día de su muerte mi último libro, que es mi biografía, la cual hace tiempo se terminó. La escribí porque era grata a la finada, para que sirviera a hijos y nietos de guía y ejemplo, si la Providencia les permitía enterarse de su contenido.

En ese libro parece que hay ocasiones especiales, en que el autor fué un protagonista de nuestra Corporación. Una de ellas es precisamente la

catástrofe a que hace más de medio siglo hubo de asistir por mandato de la superioridad.

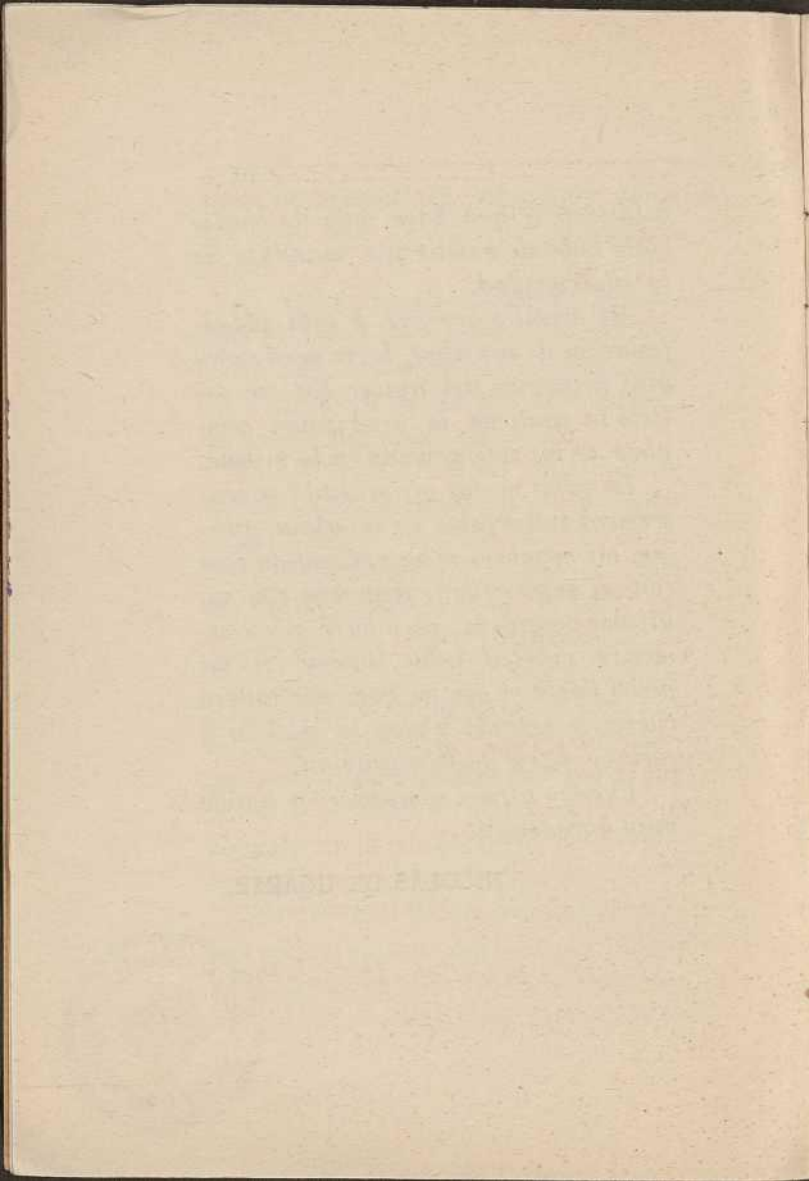
Me permito agregar a esta manifestación de gratitud, breve pero enérgica actuación del autor. En ese folleto se contiene la descripción completa de mi intervención en la misma.


De todos modos mi gratitud se conservará imborrable en mi alma, aunque mi memoria se ha extinguido casi con mi enfermedad, renovada con mi última desgracia, pero haré por conservar vuestra noble acción en mi pecho hasta el día en que este misero cuerpo se extinga y pase su espíritu a formar parte de la eternidad.

Vuestro affmo. compañero y amigo muy agradecido.

NICOLÁS DE UGARTÉ.







Un recuerdo de hace más de medio siglo

Lo que más trastornó mi ser, fué siempre la *injusticia*. Mucho sufrí por ella en mis primeros tiempos, lo relato en mi *biografía*. Así lo quiso el Cielo, pero también quiso que yo fuese en ocasiones especialísimas «*protagonista*» del Cuerpo a que pertenezco y al que he procurado dejar siempre a la altura que merece su buen nombre.

Fué mi guía el dicho de los Santos Evangelios: *buscad primero el Reino de Dios y su justicia, lo demás se os dará por añadidura.* ⁽¹⁾

En 1829 hizo medio siglo estaba yo

(1) S. Lucas XII v 31.

de cajero, desde Junio anterior, en el segundo Regimiento de Ingenieros en Cartagena. En esa población cumplí alguna promesa, resolví problemas especiales e hice otras cosas que no importa recordar.

El día de San Calixto (14 octubre 1879) fui con todo el Batallón a Beniajan para prestar auxilio *material* a los inundados. También les alcanzó económico con el producto de la notable y caritativa publicación del Paris-Murcia.

Cuando la noticia de las desgracias de ésta llegaron a Cartagena, ya tenían las autoridades órdenes urgentes, para que nuestro Batallón completo marchase en tren a Beniajan, estación anterior a ella,

Las hojas de servicio eran muy concisas, se escribían a mano, la mía decía •prestó en Murcia del 15 al 19 de Octubre servicios importantes, mereciendo su comportamiento y el de la fuerza a sus órdenes que el Director General del Arma, en comunicación de 11 de Noviembre, ordenase que le dieran las gracias en su nombre por la eficacia en remediar cuanto estuvo a su alcance•.

Esto era solo para mi compañía y también creo, para los agregados a ella. Mas el día 21 se personó allí S. M. Alfonso XII, y ordenó al Capitán General de Valencia diera las gracias en su Real nombre a todo el batallón y alcanzaron también a mi compañía y agregados bomberos. (1)

Los jefes comprendieron los inconvenientes para alojar y sostener en tan críticas circunstancias tanta gente y decidieron que volviese el batallón a Cartagena, dejando en Beniajan mi compañía sola.

El día 16, como pude, con ella pasé a Murcia, no vi autoridad alguna, ni representante suyo. Sólo me fijé en que hacia Alcantarilla, estación siguiente a Murcia, estaba un Comandante de la Guardia Civil montado en su caballo.

El barrio en que entré era, creo, el de San Benito.

Me acometió mucha gente pidiéndome

(1) En Murcia pusieron a mis órdenes los bomberos que organizó el Vizconde del Valle. Era uno de sus oficiales don Benito Saavedra, Ayudante de Montes, que conocedor de la población me prestó buen servicio.

auxilio. Estaban las plantas bajas de sus casas inundadas y deseaban salvar sus bestias y sus enseres. Me alegré muchísimo al poder prestar allí mismo servicios útiles a muchos inundados. Entonces nos metimos ya, en fango y agua, dando salida a ésta de las casas de uno y otro lado, dirigiéndola hacia los boquetes que los soldados abrieron en la clave del desagüe de aguas sucias que iba próximamente por medio del barrio. Sus habitantes quedaron contentos y agradecidos.

Hicimos también desviar una acequia que corría por el camino de Alcantarilla, estación siguiente del ferrocarril de Murcia a Madrid, haciéndola desaguar en el río.

Muchas horas llevábamos ya en estas faenas, cuando vino un ujier de la Alcaldía a decir que el Capitán se presentase en aquel centro. Ya era por la tarde, sobre las cuatro, y allí fui sin saber para lo que sería la llamada.

Llegué al Municipio y, por indicación del ujier, atravesé un amplio salón de di-
oanes rojos. Su testero era una de las paredes del despacho del Sr. Alcalde. Lo

era entonces el Sr. Avellán. Todo me chocaba y más ver en el salón al Comandante de la Guardia Civil que ví hacía poco, sobre su caballo, por Alcántarilla.

Mayor fué mi sorpresa al pasar al despacho en que estaban sentados en sus sillas el alcalde y concejales *todos*. Sentí en mi cabeza una tempestad, que creció al ver una mesita apartada, para mí, como si fuera a ser procesado y que el alcalde me indicó por señas... Apenas me senté llegó al máximo mi excitación por su comienzo al hablar... «*Parece imposible, Sr. Capitán, que habiendo muchísimas desgracias que socorrer, haya podido Vd. estar tantas horas sin hacer nada...*» No pude más. Me puse en pie hecho un *energúmeno* al oír insulto tal y quisiera o no el alcalde, tuvo que dejarme hablar. No es fácil recordar el chorro de palabras que salieron de mi boca, pero sí, que lleno de corage dije: *Ni a usted, ni a mi padre, ni al Rey consentiría sin protesta formal que se me insultase sin razón y diciendo que no cumplo mi deber, que soy indigno oficial de un Cuerpo por cuyo*

honor más que por el mío, tengo obligación de velar.

En esa textura, con voz alta y destemplada, relaté todos los trabajos hechos, mostré mi cuerpo lleno de toda clase de inmundicias y ya ronco y sudando añadí: a ver si hay alguno de ustedes que haya hecho tanto en favor de los inundados como mi tropa, *sin rancho aún*, y yo sin más que un *café con leche* que esta mañana tomé en Beniajan.

Todos quedaron mudos; el alcalde dijo, al fin: Señores, yo quedo satisfecho con las explicaciones del Capitán. Hubo un murmullo de asentimiento.

Me permitieron volver al Barrio y me ofrecieron mandar pronto un rancho para los soldados. Lo cumplieron a cosa de las cinco de la tarde.

La familia de mi Comandante Sr. Lorente, me alojó en su casa. Un hermano suyo (Antonio) era concejal, vivía en otra.

Como hicieron el día 16, me prepararon para los días siguientes, baño. Me bañaba auxiliado por el asistente, hacía todas las comidas juntas y me acostaba.

El día 17 y, para los demás, recibí órden de ir a tomarla del Sr. Alcalde a las seis y media de la mañana, en el Salón de divanes rojos. Para atender a todos, que éramos muchos, tenía que jirar una o dos veces, alrededor de su eje vertical.

Desde aquel día salí con mi compañía y dos secciones de bemberos.

Además me acompañaba un concejal atento, para imponerse a los pobres inundados en ciertas ocasiones.

Un incidente grave voy a contar con algún detalle, para que el relato del Capitán próximo a sucumbir entonces, hoy Coronel retirado y después de más de medio siglo, quede a la posteridad.

Los soldados y homberos esperaban órdenes mías. Propuse al Múnice ir por agua y fango caminando a pie por los caminos más cortos para colocarlos en los sitios de trabajo y luego seguir a la Torre de Caradok a cuya intermediación todos creíamos existía un gran atasco.

El me indicó que estaba delicado y no quería meterse en agua. Hizo venir un carruaje de cubos y ventanillas altas, que pudiera, marchando por el camino



paralelo y contíguo al azarbe, llegar a la Torre.

Lo siento mucho, dije yo, pero no puedo dar un mal ejemplo a mis inferiores y debo ir con ellos, si ellos van por agua. Después usted me indicará quién ha de ser mi guía para ir al otro camino.

Quedó pensativo un rato, echó sus cuentas, hizo venir a la Alcaldía una nube de tartanas, para que mis soldados y bomberos pudieran llegar a sus tajos y no enfangarse hasta estar en ellos. Vino también el coche de cubos y ventanillas altas, citado.

Yo tuve un fatal presentimiento, sin saber por qué. Indiqué a los jefes de grupo por donde iría, acompañado de la autoridad municipal, del Sr. Saavedra, sargento primero (1) y cornetín de órdenes, no se si alguno más. Añadí luego, si en algún momento ois tocar *llamada a la carrera* dejadlo todo y os lanzais por el camino más corto, aunque tengais que nadar o buzar, hacia donde suene el toque.

(1) El Sargento 1.º se apellidaba Carracedo, no he podido recordar el del cornetín, lo siento.

Nuestro coche era de buenas condiciones para esquivar el charco: sin él hubiéramos tenido que ir metidos hasta más arriba de la rodilla, todo el día en agua cenagosa.

Ese coche llevaba cochero y zagal con tres buenos caballos, dos de varas y otro delantero. El cochero iba instruído por el municipal.

Nos llevaron sin novedad, no sé por donde, al camino citado; todo él estaba inundado. No se veía más que una capa inmensa de agua fangosa, pero no el fondo.

Marchábamos por la izquierda de la acequia o *azarbe*. Por el cristal del testero solo se observaba como un mar de agua. La acequia, llena del mismo líquido sucio, se confundía con el camino de la Torre.

A mayor altura que éste, lloraban su triste suerte los huertanos, que custodiaban, bajo escombros, los pobres restos de sus barracas.

Nuestro vehículo marchaba muy despacio, obligado por las muchas precauciones.

A pesar de éstas llegó un momento en que se atascó. El cochero animó a los caballos y aun les castigó con el látigo, pero seguimos atascados.

La situación era apurada, nadie resolvía; entonces salté yo al agua para dar ejemplo y dije: Señores *ahora mando yo*, todo el mundo fuera, a las *pinas*, y entoné a... *una*; mientras, el cochero fustigaba a las bestias.

Después de minutos horribles de ansiedad, arrancó el coche con el esfuerzo simultáneo de todos, estábamos ya hechos una lástima y propuse seguir a pie por el fango. El concejal dijo que aún faltaba mucho y que nos metiéramos otra vez en el coche. Así lo hicimos pero obligó a un pobre *huertano*, que por la derecha estaba cuidando de las ruinas de su choza, cogiera las riendas del caballo delantero y guiara por el camino. Muy despacio emprendió la marcha de nuevo, pero caballos y guía marchaban a ciegas por aquellas aguas cada vez más profundas y cenagosas.

De pronto un grito general... guía, caballos, cochero y coche con la gente

dentro quedamos sumergidos, de costado en el azarbe.

— Mi sargento rompió el cristal del testero. Por allí salió y me quiso sacar; tropezamos con otro peligro nuevo. Los caballos se ahogaban, pataleaban con fuerza; el cochero, cuidando su hacienda, cortó los atalajes, quedaron en completa libertad. Llenos de fango y desbocados, publicaron en la ciudad nuestra catástrofe.

— Los demás también rompieron los cristales de ventanas que les servían de techo.

— Aunque llenos de agua y fango todos quedamos ilesos.

— No se que fué del pobre guía que, sin querer, nos produjo el naufragio.

— Yo, aunque muy nervioso, cuando en mi juventud me llegaba un trance de esos supremos, como los nervios ya no vibraban por exceso, solía quedarne tranquilo, ordené allí en aquella inmundicia al *Cornetín* de órdenes *tocara llamada a la carrera*. Los soldados y bomberos comprendieron el toque, gracias a mis advertencias a los jefes de grupo. El toque

se repitió otras dos veces y aquello fué admirable. No se cómo ni por dónde vinieron soldados y bomberos, sin transcurrir media hora quizá, aunque llenos de inmundicia como nosotros. Allí hicimos como un recuento, en aquella carretera inundada, de soldados y bomberos, estaban todos.

Cuanto tiempo tardamos después en llegar a la famosa Torre, no lo sé. Lo hicimos marchando en silencio de boca, solo se oía el triste ruido que producía nuestro chapoteo en agua y fango.

Llegamos por fin; nos salió al encuentro una mujer vieja, la dueña, sin duda, dige a los que íbamos, para que ella o sus dependientes nos prestaran algún auxilio; no nos prestaron ninguno, solo nos digeron que, en efecto, el atasco estaba allí, detrás de la casa y huerta.

Pedí un guía que nos condujera al sitio preciso por camino seguro. Nadie se prestó a ello, alegaban haber tenido calenturas, «También yo, les dije *irri tado* las he tenido intensas y duraderas y me crié en buenos pañales».

No quería volver a la población sin

dar solución a lo que ya era para mí una como *cuestión de honor*.

En vista de la negativa de la dueña, ni saber qué fué del pobre munícipe, ordené que la mitad de la gente viniera conmigo y la otra mitad por fuera de la casa.

Tomé una caña larga que me servía de sostén y sonda, llevando siempre al sargento *Carracedo*.

Apenas me alejé un poco de la casa, aquellos *delicados* solían gritarme: por ahí no, capitán, que se va usted a ahogar... Yo paraba en firme, y aunque agradecía el aviso, volvía la cara a ellos para decirles *cuatro frescas*.

Así cambiando de rumbo por donde la caña indicaba.

Caminamos muy despacio hacia el enorme atasco.

A él llegamos las dos secciones casi al mismo tiempo; éste fué, sin embargo, muy largo, aunque aquél no estaba lejano.

En él, ingenieros y bomberos, prestaron servicios que podrían calificarse de heroicos.

Con sus cuerdas y ganchos y teniendo a veces que buzar, pudieron extraer muchos animales de variada especie, que, muy hinchados, no dejaban pasar una gota de agua. Sobre ellos había otra barrera de leña, muebles y enseres caseros de todas clases acumulados.

A medida que se destruía el obstáculo veíase por instantes descender las aguas circundantes.

Prescindiendo de otros servicios prestados por las secciones de recoger muertos y derribar edificios próximos a hundirse, etc., diré que volvimos, de noche ya, a nuestros alojamientos.

El 18 dí cuenta al Sr. Alcalde de nuestro peligroso triunfo, y de que el agua que cubría el camino donde tuvo lugar nuestro triste naufragio, no alzaba ya más que un palmo. Nos dió la autoridad gracias expresivas, añadiendo que había terminado nuestra comisión. Nada dijo que pudiera retenernos, por lo que el 19, a cosa de las cuatro, partí con mi compañía a Beniajan como pude y a las siete próximamente entramos en Cartagena. Pude acompañar a mis soldados a su

cuartel gracias a unas alpargatas que me prestó un soldado. Yo había perdido todo mi ajuar personal.

De aquella terrible inundación, según mis notas, sólo salió satisfecho aquel Comandante de la Guardia Civil, que vió a caballo por Alcantarilla; si lo mereció bien está.

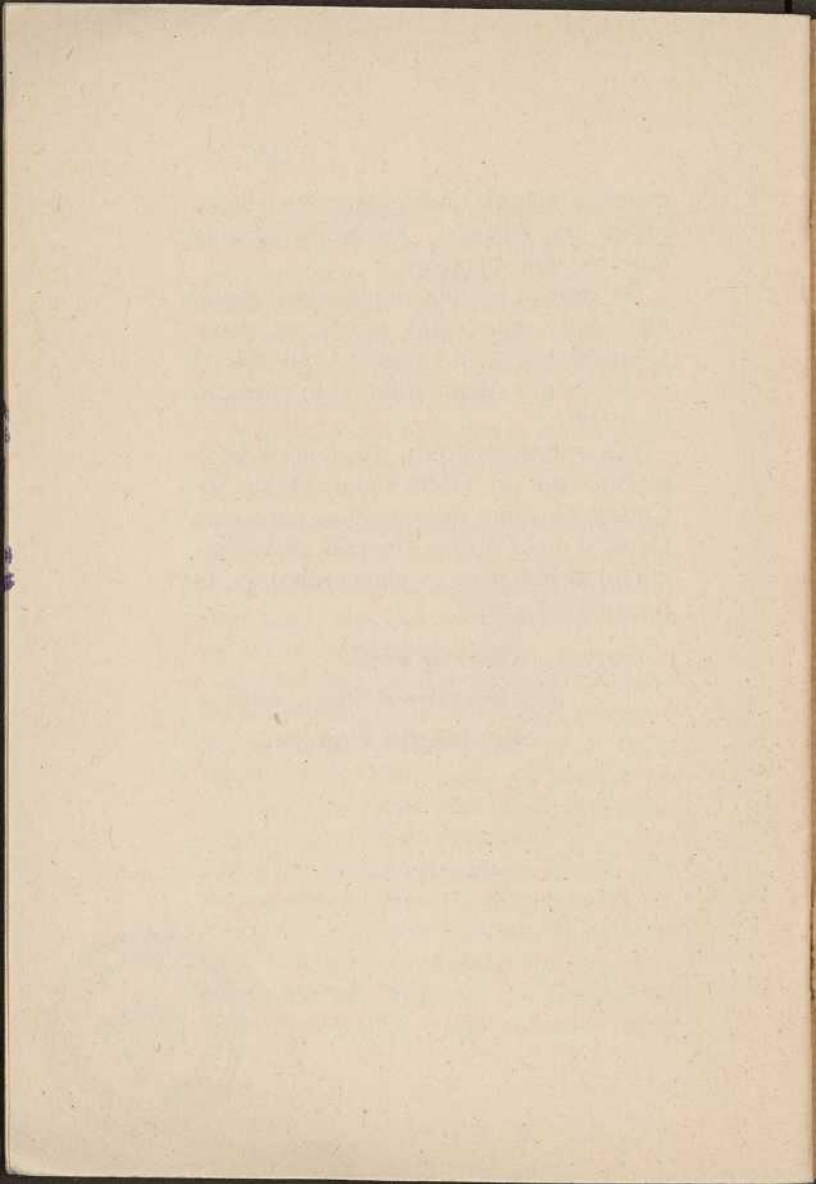
Mis subordinados y yo fuimos propuestos por el Gobernador Militar de Cartagena como distinguidos, pero este General y el Capitán General de Valencia no se hallaban en buena armonía; la propuesta fracasó.

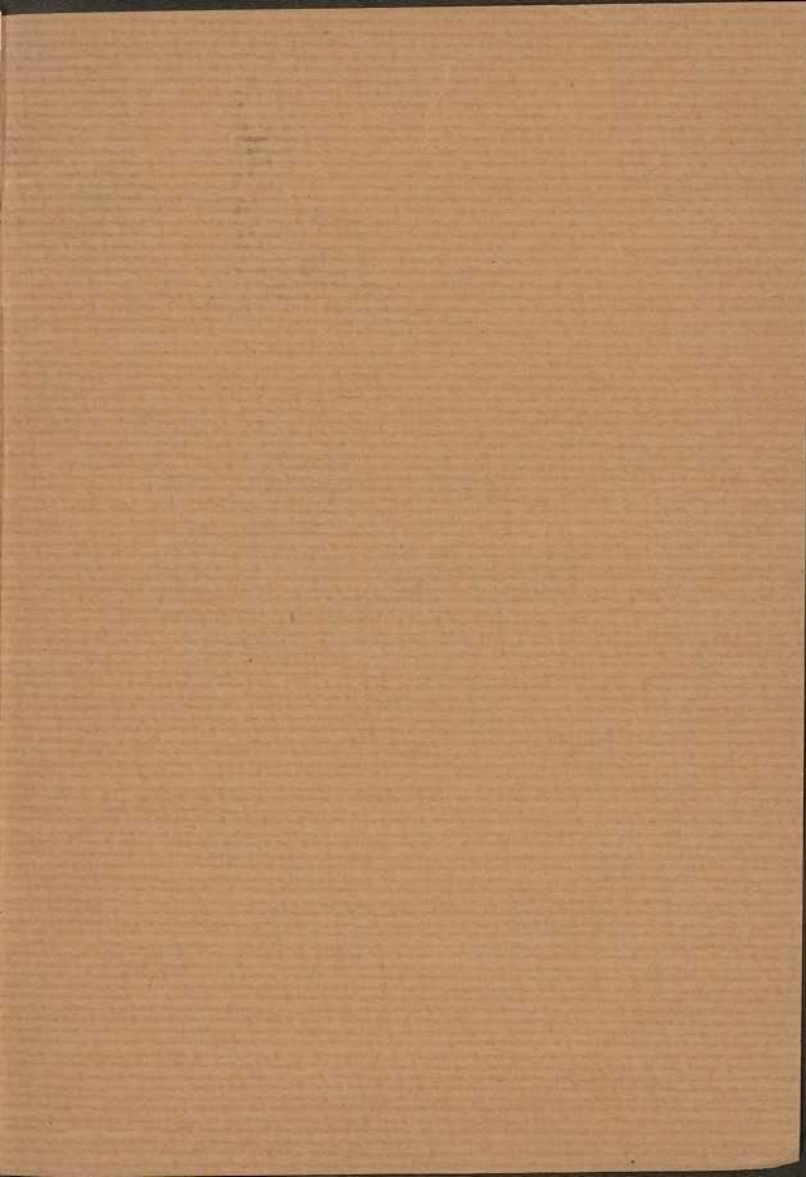
Cartagena, Octubre de 1879.

El Capitán de Ingenieros del 2.º Regt.º

Nicolás de Ugarte.







IMP. GUTENBERG
A. RAMÍREZ
Miguel Fluiters, 20 - GUADALAJARA
